

[Cuaderno Azul] [*Praha magika*]
EL FANTASMA DEL BARRIO JUDÍO
Paul Leppin

En el centro de Praga, donde ahora forman anchas calles las altas y aireadas casas de alquiler, existía aún hace diez años el barrio judío. Un retorcido y lóbrego laberinto del que ninguna tormenta lograba barrer el olor a mohos y paredes húmedas, y donde en verano las abiertas puertas despedían un aliento venenoso. La suciedad y la pobreza apestaban a cual más, y en los ojos de los niños que allí crecían titilaba una indolente y cruel perversidad. A veces, el camino conducía a través de la panza de una casa, en forma de bajo y abovedado pasadizo, o daba una brusca vuelta para terminar de repente ante un muro. Los vendedores, que apilaban sus baratijas en el desigual adoquinado, delante de las tiendas, llamaban a los transeúntes con cara de astucia. En las entradas de las casas permanecían apoyadas las ramerías de pintados labios, que reían con ordinarioz, susurraban cosas a los oídos de los hombres y se levantaban la falda para enseñar las medias amarillas o verdosas. Viejas alcahuetas de blancas greñas y temblequeante mandíbula saludaban desde las ventanas, golpeaban el alféizar, llamaban con las manos y producían guturales sonidos de afán y satisfacción cuando algún individuo caía en la red y se aproximaba.

Reinaba allí la lascivia y, una vez anochecido, invitaba a una visita con sus farolillos rojos. En algunos callejones había en cada casa un prostíbulo, cuchitriles donde el vicio se acostaba en un mismo lecho que el hambre, donde mujeres tuberculosas de marchitos encantos tenían establecido su mísero negocio; secretos tugurios en los que, entre murmullos y guiños, más de una chica en edad escolar era desflorada y su indefensa virtud terriblemente malvendida.

También había mancebías de postín, amuebladas con lujo, donde el pie sólo pisaba alfombras y las rollizas meretrices aparecían luciendo sedeños vestidos de cola.

El salón Aaron se hallaba en un edificio de dos pisos, no lejos de la sinagoga y tocando a las destartaladas chozas del callejón de los gitanos. Dado el pobre aspecto de los alrededores, aquella casa casi producía un aspecto pulcro, pese a que el revoque de las paredes se había desprendido en parte y el polvo y la lluvia embadurnaban los vidrios de las encortinadas ventanas. De día dominaba el silencio. Sólo raras veces subía un cliente los gastados peldaños que conducían a la oscura entrada y, al cabo de una hora, volvía a salir rápidamente, vergonzoso y con el cuello subido. Pero de noche brotaba allí, como de pozos escondidos, una vida vibrante, ruidosa y llena de luz. Encendíanse las ventanas, y las risas aleteaban dentro como un pájaro encerrado en una jaula.

Entre ellas sonaba la de Johanna; una especie de cálido arrullo, insinuante y sensual, que se distinguía claramente de las voces de las demás, y que en ocasiones ya se oía en medio del silencio matutino, como el canto de una alegre alondra enamorada. A Johanna le complacía

que los hombres acudiesen a ella. Estaba más solicitada que sus compañeras, porque a cada cliente le daba algo de esa dulzura apocada, torturadora e inquieta que llenaba su ser, y que los perezosos cuerpos de las otras mujeres no poseían. La propia Johanna se asombraba de ello. La profesión que para tantas rameritas resultaba una aburrida y desagradable carga, despertaba en su persona un extático anhelo de amor, un acicate que sentía en su carne y que confería a sus ojos un brillo juvenil. Con unos labios agrietados y heridos de tanto besar, bebía de la boca de los hombres, siempre invadida por la virginal voluptuosidad que acompañara su primer abrazo. En los descansos que le dejaba su pecaminoso trabajo, que le parecían insoportablemente largos y desiertos, escuchaba los pasos de los transeúntes, y si sonaba la campanilla, se le iluminaba el rostro y suspiraba.

Había muchos días en que saboreaba el amor hasta la saciedad, pero cuando por fin yacía en su cama con la cabeza atontada y los miembros doloridos, su memoria recorría aún todos los hombres conocidos, abandonándose al goce del recuerdo, y Johanna sonreía en la oscuridad. A veces, sobre todo en verano, cuando se acostaba próxima ya la madrugada, su excitación aumentaba ya hasta el tormento. Entonces se asomaba en camisón a la ventana para observar el gueto. Extendía los desnudos brazos y sentía en su piel cual gotas de sangre la templada lluvia. Lo que tenía a sus pies, era su mundo. La ciudad donde parpadeaban las soñolientas luces de las casas de citas, donde en las callejuelas de mala reputación se acurrucaban pesadas sombras y, a lo lejos, un gimoteante violín o el duro tecleto de un artefacto musical invitaba todavía a la diversión... Entonces una soñadora melancolía bañaba de lágrimas su cara. La brisa nocturna acariciaba suavemente sus senos, Johanna echaba la cabeza hacia atrás, y sus labios besaban el aire.

Al atardecer, cuando el salón estaba ricamente iluminado y las copas de vino tintineaban sobre las mesas de mármol, la joven bailaba al son de la música. La sensualidad que le tiranizaba el cuerpo, ponía laxos y blandos sus miembros y hacía volar con tan exigente impetuosa sus faldas, que embellecía de modo maravilloso el inmóvil rostro y confería a su persona un atractivo y hechizo superior al de las artes de todas las demás. Johanna danzaba sola o con los visitantes. Su esbelto cuerpo se cimbrecaba bajo las manos de la pareja, se estrechaba contra ésta, temblaba y sentía frío, y quien hubiese bailado con la rubia Johanna, seguro que también desaparecería luego con ella en su alcoba. La boca de esta mujer era febril y ansiosa. Cuantos más hombres encontraban el camino hasta ella, más indomable se hacía su capacidad de entrega. El apasionamiento de Johanna estremecía y atontaba. Su ardor era complaciente y se convertía en felicidad.

Pero llegó el día en que la enfermedad impuso penitencia a su cuerpo. Subió de los ruinosos muros del barrio judío, de los libertinos callejones, y envenenó sus besos. Quemó su sangre y le secó y agrietó las venas; ahogó sus risas y los enamorados arrullos de su garganta; cubrió el cuerpo de Johanna de manchas rojas y lo arrastró entre los insultos de las descaradas pelanduscas hasta el horrible lazareto, donde Johanna quedó medio muerta de miedo. Yacía allí en la caliente cama, y del techo caían sobre su frente, cual gruesas gotas, los tristes pensamientos. Se imaginaba ella a las mujeres del salón Aaron, que ahora beberían el dorado vino de las finas copas... Recordaba la música y la camisa escarlata que había llevado para bailar. Johanna echó hacia atrás la cabeza y abrió los brazos, mas no hubo nadie que la besara. Una lánguida pesadumbre hizo brotar un sollozo de su garganta y la sumió en la desesperación.

Las semanas transcurrían traidoras y vacilantes, cobardes y malévolas. La enfermedad de Johanna se había declarado con inesperada violencia. Ni el contraveneno con el que la martirizaban los médicos podía con ella. Había anidado en sus tejidos, vibraba debajo de su piel, abría purulentas heridas en los pliegues y huecos de su carne y se negaba a ceder. La enfermedad entorpecía sus pensamientos y mancillaba sus horas de descanso con lascivos sueños que la hacían incorporarse entre jadeos para darse cuenta de la realidad entre angustias y sentimientos de odio. Johanna echaba de menos a los hombres. Su nervioso cuerpo se rebelaba contra el suplicio de la abstinencia. Cada día, cada hora transcurrida entre ardores aumentaba su padecer. Hasta que no resistió más. Johanna huyó una noche del hospital, saltó al jardín por una ventana y, descalza como iba, con el abrigo encima del camisón, escaló la pared que la separaba del pasaje.

La mujer corrió por la ciudad, impulsada por una poderosa e intemperante esperanza. Sus desordenados cabellos revoloteaban alrededor de su cara, y los ojos le centelleaban ansiosos. Una maravillosa y radiante idea la empujaba hacia delante, llenándola de ilusión. ¡Encontrar hombres! Volaban sus pies sobre los adoquines, y los músculos de todo su cuerpo estaban tensos. Las sombras de retrasados noctámbulos cruzaban vacilantes el camino, y la deslumbrante claridad de unas farolas aparecidas de repente la asustó. Una pesante y seductora dulzura la embriagaba... Surgieron ante ella las torres de la iglesia de Tein, áldidas entre las estrellas. ¡Había llegado a su barrio! Allí se abría la callejuela donde la música sonaba ruidosa detrás de las disimuladas puertas, y donde las alas de las risas femeninas golpeaban los rojos vidrios de las ventanas...

Johanna se detuvo y contempló medio cegada la luna, que bizqueaba desde el cielo, iluminando vigas reventadas y escombros. El salón Aaron había desaparecido. El pico y la pala se habían encargado de derribar, trozo a trozo, la vieja casa, cuyas piedras se hallaban amontonadas junto a la sinagoga. Entre los restos se alzaba una sola pared de dentellada cresta, y Johanna reconoció el tabique de su cuarto. Sus ojos penetraron más en el callejón, horrorizados y temerosos. Apagadas estaban las luces de colores de los lupanares, y de los destruidos tejados ascendía el polvo como si fuera humo. Por todas partes asomaban ruinas entre la negrura. Mientras ella luchaba en la húmeda cama de hospital contra la enfermedad, habían arrasado su rincón, su hogar...

Un grito se desprendió de su garganta y resonó de manera escalofriante en el abandonado barrio. La melena de Johanna se desparramó sobre su abrigo, que el viento de la noche abrió para palpar voluptuoso lo que cubría el camisón. Pasó junto a ella un grupo de soldados borrachos, y ella cayó de rodillas ante ellos jadeando inconscientes y confusas palabras de amor. Y allí mismo, entre los escombros del demolido burdel, se entregó a los hombres que la casualidad había puesto en su camino. Yació con todos ellos, uno tras otro, sin que su pobre cuerpo devastado por la enfermedad se cansara, y en su convulsivo arrebató amoroso se hundía cada vez más entre los cascotes.

De un verano al otro, el gueto fue destruido por completo. Nuevos edificios ahogaron las oscuras e insanas guaridas donde la miseria y el vicio habían campado por sus respetos durante siglos. La prostitución huyó sobre altos y ruidosos zapatos de tacón hasta el extremo de los suburbios. En la antigua zona creció una ciudad para gente rica y distinguida. Pero nunca como ese año había hecho en Praga tan catastróficos estragos la sífilis, que penetró en las familias e hizo conocer el horror a las jóvenes madres. Se enganchaba a la sonrisa del amor

y la transformaba en plúmbea mueca. Los muchachos se exponían a la muerte, y los ancianos maldecían la vida.

[Praga mágica, traducción Herminia Dauer para Editorial Juventud]



Tijeretazos [Postriziny] Una revista de literatura y cine
tijeretazos@iespana.es www.tijeretazos.org